

Louis Menand

*Premio Pulitzer
de Historia*

EL CLUB

DE LOS METAFÍSICOS

HISTORIA DE LAS IDEAS

EN AMÉRICA

Ariel

Luis Menand

El club de los metafísicos
Historia de las ideas en América

Ariel

Título original: *The Metaphysical Club*

1.ª edición en Editorial Ariel: mayo de 2016

© 2001: Louis Menand
All rights reserved

© de la traducción: Antonio Bonnano

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo

© 2016: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2293-3

Depósito legal: B. 6.421 - 2016

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Prefacio	11
----------------	----

PRIMERA PARTE

1. Las políticas de la esclavitud	17
2. El abolicionista	37
3. La batalla de Wilderness y después	62

SEGUNDA PARTE

4. El hombre de dos mentes	85
5. Agassiz	108
6. Brasil	128

TERCERA PARTE

7. Los Peirce	161
8. La ley de los errores	187
9. El «Metaphysical Club»	210

CUARTA PARTE

10. Burlington	243
11. Baltimore	263
12. Chicago	292

QUINTA PARTE

13. Pragmatismos	343
14. Pluralismos	383
15. Libertades	414
Epílogo	439
Agradecimientos	447
Notas	449
Obras citadas	495
Índice onomástico	513
Créditos de los textos y las ilustraciones	535

1
LAS POLÍTICAS DE LA ESCLAVITUD

1

Oliver Wendell Holmes hijo fue oficial del ejército de la Unión. Medía un metro ochenta y ocho de altura, y su porte era militar. Avanzada su vida, le agradaba emplear metáforas militares en sus discursos y conversaciones, no le molestaba que se hiciera amistosa referencia a él como el capitán Holmes, y lució enormes bigotes militares hasta su muerte, en 1935, a los 93 años. La guerra fue la experiencia central de su vida y siempre mantuvo vivo su recuerdo. Cada año bebía una copa de vino en conmemoración del aniversario de la batalla de Antietam, donde le dispararon en el cuello y fue dado por muerto, quedando por breve espacio de tiempo detrás de las líneas enemigas.

Pero Holmes detestaba la guerra. Tenía 20 años y pesaba sólo 61 kilos en la época de su primera batalla, en Ball's Bluff, donde le hirieron en el pecho. Luchaba con valor y tenía capacidad para recuperarse, pero no era fuerte en el sentido físico, y a medida que la guerra continuaba la experiencia le resultó abrumadora. Fue herido tres veces en total, la tercera en un encuentro que condujo a la batalla de Chancellorsville, donde le hirieron en el pie. Deseó que se lo amputaran con tal de licenciarse, pero se lo salvaron y tuvo que seguir en el servicio. Muchos de sus amigos cayeron muertos en batalla, algunos ante sus ojos. Esas copas de vino eran un brindis por el dolor.

Holmes se recuperó de las heridas, pero los efectos de su sufrimiento mental fueron permanentes. Había ido a la lucha por sus creencias morales, que sostenía con singular fervor. La guerra consi-

guió algo más que hacerle perder esas creencias: le hizo perder su creencia en las creencias. Imprimió en su mente, de la manera más gráfica e indeleble, la idea de los límites de las ideas. Y a ella se aferró con una inflexibilidad y, a veces, un cinismo que en ocasiones han causado repulsión a los estudiosos de su vida y su pensamiento. Pero se trata de la idea subyacente en muchas de las opiniones que escribió, mucho después de concluida la guerra, como juez adjunto del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Para entender el camino que Holmes debió transitar para escribir esas opiniones, debemos volver a uno de los mundos que la Guerra Civil tornó obsoletos, el de Boston en la preguerra.

2

Suele pensarse en la Guerra Civil como un conflicto bélico que debía salvar la Unión y abolir la esclavitud, pero antes de que se iniciara la lucha la mayoría de la gente consideraba que esos ideales eran incompatibles. Los que en el Norte querían preservar la Unión no deseaban la extensión de la esclavitud en sus territorios, y algunos tenían la esperanza de que se debilitara hasta desaparecer en los Estados donde persistía. Pero muchos hombres de negocios del Norte pensaban que perder el Sur significaría la catástrofe económica, y muchos de sus empleados creían que liberar a los esclavos supondría salarios más bajos. Temían más la secesión de lo que les disgustaba la esclavitud, y no estaban dispuestos a arriesgarse a aquélla al intentar presionar al Sur para que abandonara ésta.

A los abolicionistas no les importaba el futuro de la Unión. «Si tu mano derecha te ofende, córtala», era el texto que predicaban. Desdaban a los unionistas porque anteponían el interés propio a lo que era justo, y consideraban toda medida que no fuera la abolición o la partición un trato con el demonio. Provocaban a los unionistas acusándolos de hipócritas y codiciosos, y éstos a su vez les hacían responsables de incitar al Sur a la secesión y de tratar de expulsarlos de la ciudad y a veces de matarlos. Antes de que hubiera una guerra contra el Sur, hubo una guerra dentro del propio Norte.

El padre de Holmes, el doctor Oliver Wendell Holmes, era unio-

nista. Los Holmes estaban relacionados con familias que habían prosperado en Nueva Inglaterra desde la época de los puritanos —los Oliver, los Wendell, los Quincy, los Bradstreet, los Cabot, los Jackson y los Lee— pero no eran excepcionalmente ricos. El doctor Holmes era profesor y su padre, Abiel, había sido pastor eclesiástico. Se consideraba a sí mismo un «brahmán» de Nueva Inglaterra (término que había acuñado),¹ con lo que quería significar no sólo una persona de buena familia sino también un estudioso, o lo que podríamos denominar un intelectual. Su propia mente era una mezcla de ilustración y conformidad: combinaba amplitud de intelecto con estrechez de cultura.

El doctor Holmes se había hecho famoso en 1830, el año posterior a su graduación en Harvard, cuando escribió un poema popular, «Old Ironsides», donde lamentaba el desguace del buque *Constitution*. Después de la universidad intentó dedicarse al Derecho pero rápidamente pasó a la medicina. Estudió en París y en 1843, cuando tenía 34 años, publicó un artículo sobre las causas de la fiebre puerperal que marcó un hito en la teoría microbiana de la enfermedad. (Demostró que la enfermedad era contagiada por el médico que atendía distintos partos. Fue un artículo controvertido entre los profesionales de la medicina.) Ingresó en el cuerpo de profesores de la Escuela de Medicina de Harvard, donde llegó a ser decano. Pero su celebridad tuvo origen en sus actividades literarias. Fue uno de los primeros miembros del Saturday Club, una sociedad literaria donde se comía y conversaba y entre cuyos participantes estaban Emerson, Hawthorne, Longfellow, Richard Henry Dana hijo, James Russell Lowell y Charles Eliot Norton. Fue uno de los fundadores de la *Atlantic Monthly*, cuyo nombre inventó y en cuyas páginas publicó su popular columna de opinión, «The Autocrat of the Breakfast-Table» [El autócrata de la mesa del desayuno] (seguida por «The Professor at the Breakfast-Table [El profesor en la mesa del desayuno] y «The Poet at the Breakfast-Table» [El poeta en la mesa del desayuno]). Escribió cientos de poemas y tres novelas. Muchos, y no sólo los bostonianos, lo consideraban el mejor conversador que hubieran escuchado nunca.

Sin embargo, era abiertamente provinciano. Su principal ambición consistía en representar el punto de vista de Boston sobre cualquier aspecto. (También sufría de asma, lo que le hacía incómodos los viajes.) Por otra parte, consideraba que el de Boston era el único punto de vista digno de representar. Estimaba que Boston era «el centro del pensamiento del continente, y por lo tanto del planeta».² O como



El doctor Oliver Wendell Holmes, poeta, novelista y decano de la Escuela de Medicina de Harvard, el hombre que llamaba «the Hub» [el centro] a Boston.

formuló en una frase que se convirtió en el lema de la ciudad: «La cámara legislativa de Boston es el centro del sistema solar». ³ Era enemigo del calvinismo (que había sido la religión de su padre) y racionalista, pero su fe en la buena educación era casi atávica, y no veía razón alguna para cuestionar las premisas de una distribución social que en el curso de dos siglos había logrado producir un hombre tan genial y completo como él mismo.

De ahí que en cuestiones políticas el doctor Holmes tendía a ser condescendiente: se dejaba guiar por sus propios instintos y por las tendencias predominantes, y cuando se producía un conflicto se decantaba por las tendencias. En 1850, por ejemplo, siendo decano de la Escuela de Medicina, fue abordado por un hombre negro que se llamaba Martin Delany y que le solicitó ser admitido. Delany era un personaje excepcional: con Frederick Douglass había ayudado a fundar el principal periódico negro de Estados Unidos, el *North Star*, y luego escribió una novela en respuesta a *La cabaña del tío Tom*, titulada *Blake; Or, the Huts of America*, y llegó a ser comandante del ejército de la Unión, el rango más alto obtenido por un afroamericano durante la Guerra Civil. Ya tenía 38 años en 1850, y sus credenciales para la admisión en la Escuela de Medicina eran irrecusables, aunque había sido rechazado por cuatro facultades, incluida la Universidad de Pennsylvania, antes de que intentara Harvard.

Dio la casualidad de que otros dos candidatos negros, Daniel Laing hijo e Isaac H. Snowden, ambos de Massachusetts, habían solicitado la admisión aquel mismo año. Laing y Snowden eran patrocinados por la American Colonization Society, un grupo que propugnaba el regreso de los afroamericanos a Liberia como solución para el problema de la esclavitud. Ambos prometían emigrar en cuanto recibieran sus títulos, pero Delany afirmó que pensaba trabajar en Estados Unidos. Holmes no vio ninguna razón para no admitir a los tres. También dispuso la admisión (con la salvedad, por supuesto, de las clases de anatomía) de la primera mujer que asistió a la Escuela de Medicina de Harvard, Harriet Hunt, otra bostoniana, aunque en opinión de Holmes, la educación de las mujeres, en su mayor parte, era una práctica superflua. (Había algunas mujeres con capacidad para beneficiarse de la educación, admitió él una vez —Madame de Staël, por ejemplo—, pero «[una] ley natural no queda refutada por un bicho raro».) ⁴

Los estudiantes de medicina se sublevaron. Hicieron saber al profesorado su objeción a la presencia de una mujer en las clases, y

Delany, Laing y Snowden fueron condenados al ostracismo. En diciembre, sesenta estudiantes, o sea la mayoría de los alumnos, se reunieron y aprobaron una petición resolviendo que «no podemos permitir que se nos convierta en condiscípulos de negros, cuya compañía no aceptaríamos en la calle y a quienes no toleraríamos en nuestras casas», y que «sentimos que nuestros pesares no son más que el comienzo de un mal que de no ser controlado se incrementará, hasta que el número de respetables alumnos *blancos* llegue a estar en el futuro en proporción inversa al de los *negros*». Un grupo ligeramente inferior, de cuarenta y ocho estudiantes, presentó una petición en que disentían y afirmaban que, por desagradable que fuera la situación, «considerarían un mal mucho mayor que, en la situación actual, una facultad de medicina de Boston le negara a esa desafortunada clase todo privilegio de educación, que la profesión tenía el poder de otorgar».

El cuerpo de profesores se reunió durante dos noches en casa de Holmes. Al principio se mantuvo firme, pero ante la noticia de que algunos estudiantes blancos tenían la intención de trasladarse, capituló y le indicó a Holmes que informara a la American Colonization Society que «el resultado de este experimento ha convencido [a los profesores de la Escuela de Medicina] de que la mezcla de razas resulta desagradable para una gran proporción de la clase, y lesiva para los intereses de la Escuela», y que en el futuro no se aceptarían solicitudes de admisión de candidatos negros. No se permitió que Delany, Laing y Snowden se inscribieran para el curso siguiente. Harriet Hunt ya había retirado su solicitud por consejo del claustro de profesores.⁵ Holmes no había visto nada malo en admitir a esos nuevos estudiantes, pero cuando el consenso de sus colegas fue en la otra dirección parece no haber tenido reparos en cambiar su decisión.

Laing terminó en Dartmouth, donde obtuvo su título. Snowden volvió a recibir clases particulares de un cirujano en el Hospital General de Massachusetts. (En 1853 volvió a presentar su solicitud en Harvard y fue rechazado.)⁶ Delany no se marchó: esperaba que su causa fuera apoyada por los abolicionistas bostonianos, por entonces embarcados en una campaña muy publicitada en favor de los esclavos prófugos perseguidos según la Ley del Esclavo Fugitivo de 1850. En octubre, pocas semanas antes de la llegada de Delany a Cambridge, una comisión de vigilancia de Boston presidida por el pastor Theodore Parker, había expulsado de la ciudad a dos agentes que in-

tentaban apresar a William y Ellen Craft, una pareja negra que se había escapado de Georgia disfrazados como un caballero blanco y su sirviente. En febrero de 1851, después de que un camarero negro y ex esclavo conocido como Shadrach fuera apresado por cazadores de esclavos en una cafetería de Boston, un grupo armado antiesclavista irrumpió en el tribunal federal donde estaba detenido, burló a los guardias y lo llevó a salvo hasta el ferrocarril rumbo a Canadá (donde el hombre abrió su propio restaurante). En abril, 300 soldados y agentes armados lograron escoltar en plena noche a un tercer fugitivo, el joven Thomas Sims, de 17 años, hasta el barco anclado en el puerto de Boston que aguardaba para devolverlo como esclavo a Georgia.⁷

Pero ningún abolicionista protestó por la expulsión de Laing, Snowden y Delany de la Escuela de Medicina de Harvard. (Nadie parece haberse quejado tampoco acerca del destino de Harriet Hunt. La Escuela de Medicina de Harvard no admitió a una mujer hasta 1945.) En parte se debía a que los abolicionistas desaprobaban las políticas melioristas de la American Colonization Society, y no estaban dispuestos a crearse problemas por ellas. Pero Delany sacó la consecuencia de que los activistas del antiesclavismo se sentían más molestos porque los sureños se tomaron la libertad de enviar a sus agentes a las ciudades del Norte para recuperar su «propiedad» que por la discriminación contra cualquier hombre negro de su propio entorno. Y no se equivocaba, porque las políticas de la esclavitud en el Boston de la preguerra eran un asunto complicado.

3

Los pueblos fabriles que surgieron en el valle de Merrimack, al norte de Boston, hacia 1820 —Haverhill, Lawrence, Lowell— dependían mucho del algodón sureño, que convertían en mercaderías terminadas y luego vendían, junto con calzado, repuestos de máquinas, mercaderías de goma y otros bienes manufacturados, al Sur. La dependencia era en ambas direcciones, porque el Sur carecía realmente de una base industrial propia: en 1860 había más husos algodoneos en Lowell, Massachusetts, que en la suma de los once Estados que al fin formaron la Confederación.⁸ A mediados del siglo XIX, la ciudad

de Boston se había convertido ya en un centro financiero destacado en este campo económico concreto. Los líderes empresariales y la mayoría de los políticos del Estado no tenían interés alguno en enemistarse con el Sur, y para los impulsores del antiesclavismo de State Street, centro de la industria bancaria bostoniana, se convirtió en sinónimo de pacificación.

El héroe de State Street era Daniel Webster, cuyo «Discurso del 7 de marzo» en el Senado de Estados Unidos, invocando el principio de la unión por encima del de la división, había despejado el camino para el compromiso de 1850. La ley —en realidad una serie de leyes— se ocupaba de la condición de la esclavitud en los nuevos territorios y en California de una manera satisfactoria para el Sur. También respondía a las demandas sureñas de que se reforzaran las leyes de los esclavos fugitivos. Las leyes defensoras de los derechos de propiedad sobre esclavos que habían escapado cruzando límites estatales habían figurado en los libros desde 1793. Según los términos del compromiso, su vigencia se convertía por primera vez en una responsabilidad federal, lo que significaba que los sureños amos de esclavos podían acudir a magistrados y agentes federales en sus esfuerzos por hallar y recuperar a refugiados en el Norte, superando así la autoridad de los funcionarios locales y las «leyes de libertad» estatales.

La nueva Ley del Esclavo Fugitivo fue el punto menos debatido del compromiso de 1850, pero radicalizó al Norte. Empujó a muchos unionistas previamente pasivos a una animosidad activa contra el Sur, no porque consideraran la ley un obstáculo para las libertades de los americanos negros, sino porque la entendieron como un obstáculo para las libertades de los blancos del Norte. Era «una degradación que el Norte no permitiría», escribió Ulysses S. Grant cerca del fin de su vida, y la consideró la principal causa de la guerra. «La gran mayoría de los ciudadanos del Norte no tenía problema alguno con la esclavitud, mientras ellos mismos no se vieran involucrados. Pero no estaban dispuestos a desempeñar el papel de la policía, en beneficio del Sur, en la protección de esa institución particular.»⁹

Así pues, un hombre del Norte podía molestarse con los artículos de la Ley del Esclavo Fugitivo y oponerse a ella sin ser un promotor de la abolición. Richard Henry Dana, por ejemplo, se consideraba un político conservador, pero arriesgaba la vida representando a fugitivos y a sus protectores en el tribunal federal de Boston. No sólo era atacado en la calle por sus esfuerzos, sino que también sufría el re-

chazo social, como le sucedía a su amigo Charles Sumner, que en un discurso en Faneuil Hall había denunciado el compromiso como perteneciente al «catálogo inmortal de los delitos nacionales» que se remontaban a la antigua Roma.¹⁰ George Ticknor, punto de referencia de la alta sociedad bostoniana, le envió una nota a Dana tras la aparición de éste como abogado en el caso Sims, informándole que nunca volverían a verse. El año anterior, le había alquilado a Dana su casa de verano.¹¹

Ticknor es una figura representativa de la clase gobernante del Boston de la preguerra. Ocupa un lugar donde se cruzan los intereses empresariales, legales y académicos de esa clase. Hijo de un comerciante rico, se casó con una hija de Samuel Eliot, comerciante de extraordinaria fortuna. El nieto de su madre, por el primer matrimonio de ella, fue George Ticknor Curtis, un abogado que se convirtió en el comisionado estadounidense encargado de supervisar la vigencia de la Ley del Esclavo Fugitivo y que facilitó el retorno a la esclavitud de Thomas Sims. El hermano de George Curtis, Benjamin, fue el juez del tribunal que condenó a los que habían rescatado a Shadrach, y poco después se convirtió, por recomendación de Webster, en juez asociado de la Corte Suprema de Estados Unidos. Los tres eran amigos íntimos de Daniel Webster, pero Ticknor no era un hombre de negocios ni un abogado: era un ex profesor de Harvard educado en Dartmouth y luego en Europa. Era un reformista académico, un especialista en literatura española y un filántropo, uno de los fundadores de la Biblioteca Pública de Boston. Sus ideas sobre la esclavitud estaban dictadas en parte por las conexiones familiares y por los círculos sociales en los que se movía, pero eran también las ideas de un unitario de Harvard.

El unitarismo, al que vino a convertirse en pleno la Universidad de Harvard tras el nombramiento de Henry Ware como profesor de teología en 1805, era un credo fundado en la creencia en la bondad moral innata del individuo (como reacción contra el calvinismo, que era un credo basado en la creencia en la depravación moral innata del individuo). Era en muchos sentidos una religión que llevaba naturalmente a sus seguidores a oponerse a la esclavitud. Los líderes del grupo armado que irrumpió en el tribunal federal para rescatar a los fugitivos capturados —Theodore Parker y Thomas Wentworth Higginson— eran graduados de la Escuela Unitaria de Teología de Harvard. Pero muchos profesores de Harvard eran unitarios de una veta dife-

rente: eran socialmente conservadores, creían en la ley y el orden y en la santidad de la propiedad.

El portavoz ministerial del unitarismo de Boston, William Ellery Channing, estaba relacionado por nacimiento y matrimonio con la elite mercantil de Nueva Inglaterra. Sus padres habían poseído esclavos, y su suegro, George Gibbs (que era además su tío), había hecho parte de su fortuna regentando una destilería que vendía ron a los traficantes de esclavos.¹² En 1835, el año en que una turba de Boston trató de arrastrar de una cuerda por las calles al abolicionista William Lloyd Garrison, Channing publicó un panfleto titulado *Slavery* [Esclavitud], en el que condenaba tanto a los dueños de esclavos como a los abolicionistas, y proponía una política de persuasión moral, antes que la coerción política, como el medio apropiado para inducir al Sur a abandonar la esclavitud.

Y ésa fue, durante muchos años, la posición unitaria *liberal*, no sólo en lugares como Harvard sino también en el propio ministerio de Channing, en Federal Street de Boston. El amigo íntimo de Channing, Charles Follen, un erudito en letras alemanas, fue despedido de Harvard en parte por sus actividades antiesclavistas (aunque también irritaba a la administración su defensa de la libertad de expresión del cuerpo de profesores). Tras la muerte de Follen en el incendio de un buque de vapor en 1840, los seglares no le permitieron a Channing celebrar un servicio recordatorio en memoria de su amigo en su propia iglesia.¹³ Cornelius Conway Felton, profesor de griego en Harvard (y miembro del Saturday Club), que luego llegó a ser rector del Harvard College, estaba a favor de la esclavitud y se oponía a la agitación antiesclavista. Rompió con Sumner, que había sido un amigo íntimo, por las ideas de éste sobre el compromiso de 1850.¹⁴ Sólo un miembro del cuerpo de profesores de Harvard se alistó para luchar en la Guerra Civil. Se trataba de un emigrado alemán.¹⁵

Aunque se les evitaba en State Street, Dana y Sumner contaban con aliados políticos en Boston, en particular los Adams. John Quincy Adams, en su carrera pospresidencial como congresista, había sido un firme y a menudo solitario opositor de los intereses esclavistas. Se expresaba tan extensa y fervientemente contra la denominada ley mordaza (que desde 1834 postergaba sin debate todas las peticiones antiesclavistas enviadas al Congreso) que sus colegas de la Cámara intentaron censurarlo, aunque sin éxito. Tanto él como su padre, John Adams, habían sido derrotados en sus campañas presidenciales para

el segundo mandato por el voto del Sur, y su hijo Charles Francis Adams se había postulado como vicepresidente con el programa Suelo Libre en 1848.

Dana, Sumner y Charles Francis Adams eran antiesclavistas, pero no abolicionistas. Eran *whigs* (predecesores de los republicanos) de conciencia. Creían en el uso del sistema político para impedir la difusión de la esclavitud a nuevos Estados y territorios, y para oponerse a lo que consideraban el chantaje político del Sur. Los abolicionistas, en cambio, no creían en el uso del sistema político para resistir el esclavismo, porque no creían en los sistemas. A veces puede parecer que no creían en la política, pero eso no es cierto, porque el abolicionismo fue al fin, con unos pocos ajustes en su plataforma, políticamente triunfante. Los abolicionistas no eran apolíticos: la renuncia de la política era el secreto de su política.

El abolicionismo surgió del Segundo Gran Despertar, el renacimiento evangélico que atravesó Nueva Inglaterra y luego la región nortea del Estado de Nueva York entre 1800 y 1840, y que también dio origen a las campañas antialcohólicas, los derechos de las mujeres y otros movimientos de reforma social, además de varias sectas utópicas y religiosas, entre ellas la de los mormones. Las bases del movimiento abolicionista fueron, pues, espirituales y antiinstitucionales. El abolicionismo fue un partido para gente que no creía en los partidos, una paradójica ley de atracción que resultó adecuarse idealmente a una cultura unitaria, trascendentalista y en general poscalvinista como la de Nueva Inglaterra, una cultura cada vez más obsesionada por la autoridad moral de la conciencia individual. La Sociedad Antiesclavista Americana, el núcleo organizador del movimiento, tenía relativamente pocos miembros, porque la pertenencia a una organización, como ocurre en otros casos, tiende a comprometer la visión interior. Pero contaba con muchos compañeros de viaje.

Sosteniendo que todo sistema que tolerara la esclavitud era malo, los abolicionistas más extremos se negaban a ayudar a que circularan las peticiones antiesclavistas llegadas al Congreso desde el Norte en respuesta a la ley mordaza.¹⁶ Su líder nominal, William Lloyd Garrison, era un pacifista que creía que ningún abolicionista debía ocupar un cargo político. Imprimió el lema «La Constitución de Estados Unidos es un pacto con la muerte y un acuerdo con el infierno» en la primera página de su periódico, el *Liberator*, y solía quemar ejemplares de la Constitución en sus apariciones públicas.

Su texto político era la declaración de independencia, donde se afirma el derecho natural a oponerse al Estado por razones de conciencia. (Por supuesto, la declaración de independencia era también, según una lectura algo diferente, el texto político de los secesionistas sureños.) Y predicaba una indiferencia sobrenatural a las consecuencias de su programa. «Si el Estado no puede sobrevivir a la agitación antiesclavista, que el Estado perezca», expresó en un discurso titulado «Ningún compromiso con la esclavitud». «Si la unión americana no puede mantenerse, salvo por la inmolación de la libertad humana en el altar de la tiranía, entonces que la unión americana sea consumida por un rayo, y que no se derrame una lágrima sobre sus cenizas.»¹⁷

Los abolicionistas no estaban interesados en la reforma sino en la conversión. Toda «reforma política», le escribió Garrison en una severa réplica a otro abolicionista (y ex dueño de esclavos) que se había atrevido a sugerir que quien deseara acabar con la esclavitud debería votar por candidatos antiesclavistas, «se debe efectuar únicamente mediante un cambio en la visión moral de la gente, no tratando de demostrar que es deber de cada abolicionista ser votante, sino que es deber de cada votante ser abolicionista».¹⁸ «El abolicionismo genuino —expresó en otra parte— ... es del cielo, no de los hombres... Es una vida, no un impulso.»¹⁹

Este desprecio por las políticas comunes convertía a los abolicionistas en enemigos incluso de sus aliados antiesclavistas. No tenían más paciencia con los *whigs* de conciencia y la American Colonization Society —grupos que proponían enfoques tácticos o gradualistas para la erradicación de la esclavitud— que con los dueños de esclavos y sus apologistas, ya que, decía Garrison, como «ha demostrado la experiencia de dos siglos... el gradualismo en la teoría es la perpetuidad en la práctica».²⁰ El socio de Garrison, Wendell Phillips, se sintió disgustado en 1852 cuando los *whigs* de conciencia que se habían opuesto a Daniel Webster en vida se presentaron en su funeral. Ningún abolicionista hubiese hecho tal concesión al decoro. «No *jugamos* a la política», dijo Phillips.²¹

Garrison fue originariamente un muchacho pobre de Newburyport cuyo padre había abandonado a la familia. El padre de Phillips era alcalde de Boston, un rico abogado que hacía negocios con los intereses mercantiles. Phillips se inició también en el Derecho, pero lo abandonó en 1837, después de que un impresor abolicionista llama-

do Elijah Lovejoy fuera herido y muerto por una banda de unionistas en Illinois. En una reunión en Faneuil Hall en Boston tras el asesinato, el fiscal general de Massachusetts, James T. Austin, habló en defensa de los asesinos de Lovejoy, comparándolos con los patriotas que habían participado en el Boston Tea Party [una protesta contra el impuesto británico al té importado, realizada el 16 de diciembre de 1773]. Phillips se puso en pie entre los presentes y pronunció una extemporánea denuncia contra Austin. El discurso tal vez no fuera tan improvisado como se pretendió hacer creer, pero fue recibido con entusiasmo, y lanzó a Phillips en su carrera como «trompeta dorada del abolicionismo». Su familia pensó que había enloquecido y llegó a pensar en recluirlo en un manicomio.²²

Como sugiere el caso de Martin Delany, había activistas antiesclavistas —el mismo Theodore Parker, por ejemplo—²³ cuya idea de que el esclavismo era perverso no implicaba la creencia en que las razas fueran iguales, o que los afroamericanos debieran ser admitidos en la Escuela de Medicina de Harvard. Wendell Phillips no era uno de ellos. Predicaba una doctrina de pluralismo, una visión de Norteamérica en que «todas las razas, todas las costumbres, todas las religiones, todos los idiomas, toda la literatura y todas las ideas» gozaran de la protección de «leyes nobles, justas e iguales».²⁴ Se pronunciaba a favor tanto de la igualdad social de las mujeres como de los negros, y, cuando los periódicos conservadores se cansaban de ridiculizar su igualitarismo racial, se burlaban de su igualitarismo sexual. Pero si bien Phillips hablaba como un utopista, tenía una astuta comprensión de los usos políticos del rechazo absolutista a «jugar a la política». «Las repúblicas —pensaba— sólo existen si se hallan constantemente agitadas... Para la seguridad de la República no hay otro camino que la desconfianza constante.»²⁵ Estaba dispuesto a decir lo indecible en toda ocasión (y tomándose todo el tiempo necesario) y hacía del grado de ofensa que era capaz de causar en sus oponentes la medida de su éxito.

Wendell Phillips era primo del doctor Holmes. Como unionista, Holmes era fiel partidario de Webster. Pero sobre todo, según confesó muchos años más tarde, había heredado el prejuicio racial de su padre, Abiel, que había vivido brevemente en Georgia, donde conoció a varios dueños de esclavos «ilustrados». Abiel poseía un ejemplar de un panfleto, escrito para alarmar a los blancos, sobre una insurrección de esclavos en la ciudad de Nueva York en 1741,²⁶ que había

impresionado a Holmes cuando era muy joven. Holmes fue uno de los firmantes de una carta pública de felicitación a Webster, orquestada por Benjamin Curtis, después del discurso del 7 de marzo de 1850. Cinco años más tarde, en una conferencia en la ciudad de Nueva York, atacó a los abolicionistas —o como los denominaba, en uno de los hallazgos menos felices de su genio para inventar apodos, los «ultra melanófilos»— y se explayó sobre la superioridad natural de la raza blanca. «El Creador ha desplegado los colores que forman los dos puntos de reunión, de modo que sean inconfundibles, eternos», explicaba. «El hombre blanco debe ser el amo, en efecto, fuera el que fuese su nombre.»²⁷ Sus observaciones se recogieron por la prensa. Fue criticado en el *New York Tribune* de Horace Greely. El *Boston Advertiser*, un periódico unionista, publicó que Holmes había llamado a los abolicionistas «traidores a la Unión».²⁸ Esas informaciones molestaron a varios colegas literarios de Holmes, en particular a Ralph Waldo Emerson.

4

El nombre de Emerson, después de su muerte, fue asociado al de Holmes, en parte porque éste escribió un conocido libro sobre aquél en 1884. Habían mantenido relaciones cordiales: eran, en efecto, hombres cordiales y a menudo los unían intereses comunes. Holmes se encontraba entre el público (junto con Wendell Phillips) cuando Emerson pronunció su celebrado discurso de la asociación Phi Beta Kappa sobre «El estudioso americano» en Harvard, en 1837. Emerson trabajó con Holmes en la fundación de la *Atlantic Monthly* y en la organización del Saturday Club, donde comían juntos regularmente. Holmes era invitado a menudo a recitar sus poemas allí donde invitaban a Emerson a pronunciar sus conferencias, y en esas ocasiones Emerson adquirió una ambigua admiración por la facilidad de palabra de Holmes. «Siempre podía escribir o hablar *por encargo* —anotó en su diario—, en parte debido a la abundancia de su caudal, que puede llenar cualquier canal que se le brinde.»²⁹

Sin embargo, la idea de que Holmes fuera quien se encargara de escribir la vida de Emerson pareció absurda a aquellos que los cono-

cían. Cuando Henry Bowditch, amigo de Holmes, oyó la noticia, se rió con ganas. No podía concebir, dijo, «dos hombres más diametralmente opuestos en sus características naturales». ³⁰ Su terreno común era profesional, no personal. Emerson creía en la comunicación con gente del mismo parecer, pero la soledad, una especie de desinteresado ensimismamiento, era la esencia de su pensamiento y de su personalidad. El doctor Holmes irradiaba sociabilidad. En la conversación no temía flirtear con los tabúes, pero era el flirteo lo que le interesaba, no la sugerencia de que hubiera algo incorrecto en la propiedad. Tenía todos los elementos para desprestigiar la convención y, en general, ningún impulso a usarlos.

Los impulsos de Emerson eran completamente diferentes. Su posición en la cultura de la Nueva Inglaterra de mediados de siglo resulta reveladora de esa cultura y del propio Emerson. Elaboraba la mayor parte de sus ideas en forma de conferencias públicas. Los oyentes, poco dispuestos a veces, las consideraban nebulosas y difusas, los interesados a menudo las hallaban fascinantes. «Un acontecimiento sin antecedentes en nuestros anales literarios, una escena para atesorar siempre en la memoria por su pintoresquismo e inspiración», comentó James Russell Lowell acerca de la conferencia «El estudioso americano». «Qué pasillos atestados de gente estupefacta, qué ventanas donde se arracimaban las cabezas ansiosas, qué entusiasmo en la aprobación.» ³¹ «Un discurso al parecer incoherente e ininteligible», fue la reacción del anciano reverendo John Pierce al mismo discurso. «Emerson afirmó poseer un método, pero yo no pude discernirlo.» ³²

Era una diferencia generacional, pero no sólo eso. Porque hay una división dentro del mismo pensamiento de Emerson. Nada suena más estimulante, por ejemplo, que su expresión clave «confianza en sí mismo», y así lo entendieron muchos de sus contemporáneos. Pero la expresión describe una paradoja: un palillo que se mantiene erguido apoyándose en... sí mismo. ¿Cuál es el «yo» al que se insta a confiar en «sí mismo»? El pensamiento de Emerson juega continuamente con los límites del pensamiento, y sus mejores ensayos son esfuerzos por llegar al modo en que la vida, al fin, no sea sostenida por nada. Salvo en la intensidad y el desapego entrelazados de su desarrollo, esos ensayos no son nada tranquilizadores. Pero muchos de los lectores y oyentes los recibían como afirmaciones.

Formulado de otra forma, podría decirse que Emerson era un ge-

nuino moralista cuya desconfianza del moralismo lo llevaba continuamente a complicar y desviar sus propias formulaciones. Como un predicador cuyo mensaje fuera: No escuchen a los predicadores. «Me gusta la iglesia silenciosa antes del comienzo del servicio más que cualquier prédica»,³³ como expresó en el ensayo sobre la «Confianza en sí mismo». En otras palabras, aún vamos a la iglesia, pero ya no estamos ahí para oír que alguien nos diga qué hacer. Emerson representaba la tradición del feligrés de Nueva Inglaterra —que es una de las razones por las que se convirtió en una figura honrada y respetada a pesar de su antiinstitucionalismo— y, al mismo tiempo, representaba el desplazamiento final de esa tradición. El unitarismo había rescatado la integridad de la conciencia individual del calvinismo. Emerson la rescató del unitarismo, que es el motivo por el cual, después de su famoso discurso en la Escuela de Teología de Harvard de 1838, en el que escandalizó a los unitarios renunciando al cristianismo organizado en favor de la revelación personal, no fue invitado a hablar otra vez en Harvard durante treinta años.³⁴ Para cuando volvió, la religión ya no era en Cambridge un asunto de interés para la mayoría: los últimos antidarwinistas estaban desapareciendo. «Considero efecto definitivo de la astronomía copernicana haber hecho absolutamente increíble el *esquema de la redención* teológica», anunció Emerson en 1832, en un sermón en el que también anunció su descreimiento acerca de un Jesús sobrenatural.³⁵ Como de costumbre, se había adelantado a su época en casi una generación.

Cuando el doctor Holmes se enteró de la desaprobación de Emerson sobre los informes de su ataque a los abolicionistas, le escribió para explicarle que había sido malinterpretado por la prensa. Sólo técnicamente era cierto: no había llamado traidores a los abolicionistas, pero se había acercado bastante. «Me alivia saber que me informaron mal —contestó Emerson—, y cuanto más alejados de la realidad estén estos informes, y usted mismo de la visión que ofrecen en ellos, más encantado me sentiré.» Sin embargo, agregó,

el lenguaje de la Unión ... es demasiado transparente para que su repetidor más atrevido intente engañarlo a usted. En cuanto a la Unión con la Esclavitud, ninguna persona noble permitirá que pase un día sin desacreditarla, desintegrarla y finalmente hacerla estallar. La «unión» de la que ellos hablan está muerta y podrida, la unión real, es decir, la voluntad de mantener y renovar la unión, es como la voluntad de mantener y

renovar la vida, y sólo esto le da alguna tensión a la letra muerta, y cuando hayamos quebrado cada pulgada del antiguo aro de madera aún nos mantendrá firmes.³⁶

Puro lenguaje abolicionista. Emerson había sido lento en entusiasmarse con la causa abolicionista. Desconfiaba de algo tan colectivo y tan centrado en condiciones remotas a su propia experiencia. Desde el comienzo de su carrera se había propuesto distanciarse de la controversia por la esclavitud. «¿No es la principal desgracia del mundo —preguntaba en la conferencia sobre «El estudioso americano»— ... ser considerado en el grueso, en el centenar o en el millar, del grupo, de la sección a la que pertenecemos; y que nuestra opinión sea pronosticada geográficamente, como del norte, o del sur?»³⁷ «Norte» y «sur» eran obvios códigos para las posiciones en la disputa sobre la difusión de la esclavitud. Emerson no disminuía la importancia moral de la cuestión en «El estudioso americano», pero tampoco la hacía simple.

Emerson era, en esencia, un unitario caduco. Admiraba a Channing, cuyo planfeto sobre la esclavitud le había impresionado, y suscribía la idea general de éste de que «nuestro peligro es que sustituamos nuestra conciencia por la de otros, que paralicemos nuestras facultades mediante la dependencia de guías extranjeras, que seamos moldeados desde el exterior en lugar de determinarnos nosotros mismos».³⁸ Como Channing, estimaba mucho más el trabajo de la «cultura propia» que el de la mejora social, o lo que denominó, al referirse a una de sus raras intervenciones tempranas en una controversia política, el restablecimiento forzoso de los cherokees en la margen occidental del Mississippi en 1838, «esa agitación del lodo filantrópico». «Dejaré a la república en paz», prometió entonces, «hasta que la república venga a mí».

Pero a diferencia de Channing y de los unitarios de Harvard, la sospecha de Emerson acerca del activismo social nada tenía que ver con un respeto por el *statu quo*. Por el contrario, fue precisamente esa falta de confianza en las instituciones establecidas lo que lo llevó a evitar los movimientos reformistas, y a considerarlos obstaculizadores y pervertidores de la integridad individual. No veía ninguna diferencia, al principio, entre el abolicionismo y la religión institucionalizada que había rechazado en el discurso de la Escuela de Teología. Ambas eran maneras de desalentar a la gente a pensar por sí misma. «Cada

“causa”, como se la denomina», escribió en 1842, explicando por qué los trascendentalistas no eran un «partido», «... llamémosla abolición, abstención, llamémosla calvinismo o unitarismo, se convierte rápidamente en un pequeño negocio cuyo artículo, aunque al principio nunca muy sutil y etéreo, se convierte ahora en pasteles apetitosos y fáciles de llevar, y se vende en pequeñas cantidades para complacer a los compradores». ⁴⁰ Incluso Phillips le parecía más un títere que un radical. «Tenía tan sólo una existencia de *tribuna*, y ninguna personalidad», anotó en su diario. «Meros portavoces de un partido, si se les quita el partido, se marchitan y desaparecen.» ⁴¹

Por supuesto, ésa era la clase de personas destinadas a atraer las antipolíticas del abolicionismo. Como muchos de Nueva Inglaterra, Emerson acabó radicalizándole por los acontecimientos. Y cuando se agudizó su conciencia de la perfidia sureña, se fortaleció su identificación con los abolicionistas. Se había sentido molesto con el asesinato de Lovejoy en 1837, pero en una charla sobre el incidente consideró que la cuestión era de libertad de palabra (Lovejoy había sido un impresor) y no de esclavitud, para exasperación de sus amigos abolicionistas. Su reacción al compromiso de 1850 fue mucho más marcada. Consideró que Webster, al que una vez había admirado, había vendido su alma para conseguir que se aprobara el compromiso —«La palabra *libertad* en la boca del señor Webster suena como la palabra *amor* en la boca de una cortesana», ⁴² escribió— y dijo que la ley del esclavo fugitivo era una «ley repugnante». ⁴³ Las consecuencias locales de la ley, que culminaron en el retorno a la esclavitud de Thomas Sims en abril de 1851, le inspiraron a Emerson la afirmación, en un discurso en Concord un mes más tarde, de que «el año último nos ha metido a todos en la política y ha convertido en un deber fundamental buscar lo que a menudo es un deber eludir». ⁴⁴

Estas palabras mostraban una clave ultraabolicionista: expresaba el imperativo de la obligación social en el lenguaje de la conciencia personal. Muchos años más tarde, en su libro sobre Emerson, el doctor Holmes afirmarí­a que Emerson nunca fue «de la mano con los abolicionistas. ... Parece haber formado un partido por sí mismo». ⁴⁵ Pero eso era obviamente falso, y probablemente Holmes lo sabía. ⁴⁶ En todo caso, formar «un partido por sí mismo» era perfectamente coherente con unirse a los abolicionistas. En la época del discurso de Holmes de Nueva York, en 1855, Emerson había llegado a ver a los abolicionistas no (como en sus escritos anteriores) como ideólogos y

hombres de partido, sino como versiones de él mismo, y también versiones de Holmes —trataba de sugerir— si Holmes fuera fiel a su identidad como erudito.

«Un erudito no debe ser cínico», explicaba Emerson en su carta a Holmes,

para pensar que las masas andan casi todas a gatas; que los ricos siempre votan según sus temores de que ciudades, iglesias y universidades vayan todas por su interés cuadrúpedo; y es en contra de esta coalición que la minoría patéticamente pequeña de hombres apartados o pensantes representan el bien ideal, el hombre como debería ser y (lo que es esencial para todo sano mantenimiento de su propio derecho) el derecho de todos los demás como el suyo propio.⁴⁷

Al escribir sobre los abolicionistas como solitarios y no conformistas («la minoría patéticamente pequeña de hombres apartados o pensantes»), Emerson les estaba asignando un rol en la disputa acerca de la esclavitud y, al mismo tiempo, los elevaba por encima del conflicto. «El mundo de cada momento es la más pura apariencia», había explicado dieciocho años antes en «El estudioso americano».

Determinada norma, determinado proyecto de gobierno, determinado comercio efímero, o guerra, u hombre, son elogiados por la mitad de la humanidad y denostados por la otra mitad, como si todo dependiera de esos elogios y denuos. Lo más probable es que todo el asunto no sea digno del menor pensamiento que el estudioso ha perdido al escuchar la controversia. Que no abandone su creencia de que un revólver de juguete es un revólver de juguete, aunque los ancianos y honorables de la tierra afirmen que se trata del día del Juicio Final.⁴⁸

No era una cuestión de elegir bando, sino de quedar por encima del concepto de tomar partido.

El doctor Holmes no quedó persuadido. Los abolicionistas, le escribió en una respuesta a Emerson, «han utilizado toda forma de lenguaje calculada para inflamar las malas pasiones, y la consecuencia es esa creciente hostilidad segregadora, cuya naturaleza es la perturbación del gobierno que el señor Parker ve al alcance de la mano».⁴⁹ Era una apreciación interesante, porque, a pesar del modo en que Emerson prefería imaginarlos, los abolicionistas constituían claramente un «bando»: tenían una agenda, y la agenda implicaba consecuencias po-

líticas. Holmes le escribió a Theodore Parker que mantenía su afirmación de que, sucediera lo que sucediese, la raza blanca siempre debía tener el dominio.⁵⁰ (Por supuesto, era una opinión que Parker compartía.)

Pero a pesar de su desacuerdo en cuanto a los abolicionistas, las relaciones del doctor Holmes con Emerson se mantuvieron bastante amistosas, y parece haber conservado su estima por la obra de Emerson, porque en 1858 él y su esposa le obsequiaron con cinco volúmenes de los escritos de Emerson a su hijo Wendell como regalo de cumpleaños.